



## ¿Está el *conocimiento* en el debate público?

5 de Abril, 2018

José A. Peres-Cajías

Doctor en Historia Económica

Todos sabemos que la Revolución Industrial es un hito crítico en la historia de la humanidad. Uno de los aspectos que economistas e historiadores económicos resaltan dentro de este fenómeno es el surgimiento del crecimiento económico moderno. Este concepto hace referencia a un tipo de crecimiento donde las tasas son positivas pero además, y a diferencia de lo que pasaba antes, sostenibles a lo largo del tiempo. Esta es una característica que no debería pasar desapercibida: se ha comprobado que, en el largo plazo, el tamaño de las economías no está determinado tanto por las “explosiones” de crecimiento, sino por la capacidad de las economías de minimizar la duración y la agudeza de los períodos de crisis.

Esta capacidad puede estar determinada por múltiples factores. Dentro de ellos, no obstante, no podemos desconocer la importancia que tiene la base productiva de una economía. Por ejemplo, sabemos que mientras mayor sea la dependencia frente a la explotación de recursos naturales, mayor la vulnerabilidad de una economía frente a los mercados externos y, por ende, mayor su volatilidad (o falta de estabilidad). En contraste, si bien las economías desarrolladas no están exentas de ciclos, éstos tenderían a ser más suaves (la Gran Depresión y la Gran Recesión son grandes excepciones) debido a la existencia de una base económica más diversificada.

Muchas economías han conseguido estabilizar su crecimiento gracias a una transición de economías dependientes de recursos naturales a economías basadas en el conocimiento. En un reciente artículo (“Natural Resources Curse in the Long Run? Bolivia, Chile and Peru in the Nordic Countries’ Mirror”, en *Sustainability*), debatimos mecanismos causales que puedan explicar por qué los países nórdicos pudieron hacer esta transición y por qué los países andinos no. Uno de los aspectos críticos identificados es el de la generación de una *brecha de conocimiento* (knowledge gap) que tendría orígenes en el siglo XVII pero que se amplificó de manera crucial a principios del XX. Esta *brecha de conocimiento* hace referencia a la diferente capacidad que tenían ambos grupos de países a la hora de copiar tecnología de punta, de poder aplicarla en sus propios contextos y, luego, de aprovechar lo aprendido para crear su propia tecnología.

[www.dataeconomia.com](http://www.dataeconomia.com)

Opinión, noticias y estadísticas

Para entender esta brecha se remarca que los recursos naturales no deben ser vistos como un regalo (maná) de la naturaleza, sino como recursos económicamente explotables gracias a la intervención humana: la existencia de capacidades tecnológicas y sociales hacen factible esta explotación, y la existencia de oportunidades económicas hacen deseable esta explotación. Esta conceptualización permite entender por qué, por ejemplo, un país tan rico en recursos naturales como Estados Unidos pudo posicionarse tanto como el principal productor de diferentes minerales, como en una potencia industrial entre fines del siglo XIX y principios del XX. En efecto, la explotación mineral en este país generó diferentes desafíos técnicos y económicos que pudieron ser solucionados a través de innovaciones que luego fueron aprovechadas en otros sectores de la economía. Igualmente, en el caso de Australia y Noruega, el desarrollo y la existencia de estas capacidades tecnológicas, humanas y sociales permitió que las innovaciones que inicialmente eran destinadas al sector de recursos naturales, fuesen aprovechadas en otros sectores de la economía. En concreto, la explotación de recursos naturales no es un fin en sí mismo, sino un medio que permite el desarrollo de *capacidades* que pueden ser aprovechadas en todos los sectores de la economía.

Se puede argumentar que Estados Unidos, Noruega o Australia contaban con marcos institucionales muy específicos que hacen difícil pensar en la repetición de estas transiciones en las actuales economías en vías de desarrollo. No obstante, es pertinente enfatizar que, más allá de instituciones u organizaciones concretas, recientes investigaciones remarcan la existencia de algunos *principios* comunes que permitieron estas transiciones. El primero de ellos es el reconocimiento por parte de la sociedad de que el conocimiento es importante; por conocimiento se entiende la capacidad que tiene un *grupo de gente* (es decir, se trata de una capacidad social) por *hacer* (no solo aprender) cosas cada vez más complejas. El segundo de ellos remarca la importancia que le da la sociedad a la creación, difusión y generación de conocimiento. El tercero radica en el aprovechamiento de este conocimiento para la solución de problemas locales.

En próximos artículos argumentaré que esta transición puede ser pensada para países en vías de desarrollo y que ella puede permitir el logro de mejores condiciones de vida (y no un mero crecimiento económico). Antes, no obstante, creo que es fundamental centrarnos en los principios básicos de partida mencionados previamente: ¿cree la sociedad boliviana en la importancia del conocimiento? ¿está el conocimiento dentro del debate público? ¿tiene sentido introducirlo en el debate público? ¿creamos conocimiento los bolivianos? ¿lo medimos? ¿cómo lo medimos? ¿el Estado, las universidades públicas o los centros educativos privados premian la creación de conocimiento? ¿cómo coordinan el Estado, el sector privado y los centros educativos para crear conocimiento?. O, ¿es el desarrollo de conocimiento una actividad de lujo que debería ser depositada en manos de otras sociedades?.